

PRÓLOGO

LO QUE VIVE EN LAS PAREDES (OCURRIÓ EN EL CUARTO DÍA DE PENUMBRA)

Había empezado a verlo con el advenimiento de aquella nube perpetua.

No había hablado con los demás de ello, a pesar de que pronto comprendió que no era el único en sufrir aquellas visiones terribles, de las que se hablaba en voz baja en los corrillos de curas ensotanados.

Era el cuarto día de penumbra cuando empezó todo para él. Iba caminando por los pasillos interiores, acudiendo, cuando algo le detuvo en mitad de un largo pasillo.

El lugar no tenía luces artificiales encendidas y estaba apenas iluminado por el hálito gris que llegaba del exterior por los amplios ventanales que llevaban a un patio interior abierto.

En él podía ver a algunas monjas y cardenales paseando sin rumbo claro por los jardines.

Pero aquello que le había hecho detenerse estaba al otro lado, en la pared del pasillo.

Arriba, a la izquierda, sobre aquel dibujo historiado, blanco como una tarta de nata.

Allí se había movido algo.

No era como un animal, una rata, por ejemplo, que muchas hay en los viejos palacios del complejo, pero que parecían ocultarse,

como si presintieran algo; era otra cosa. Como si el aire en aquel lugar se moviera solo o tal vez como si algo invisible lo empujara.

Se quedó paralizado, pensando que podría estar sufriendo alguna embolia, un desprendimiento de retina o algo peor, quedándose ciego.

Pero allí seguía aquello, moviéndose, y, aparentemente, encaminándose hacia él.

Moviendo el aire.

Por accidente, miró hacia aquella zona con el rabillo del ojo.

Y entonces comprendió que aquello no era algo que pasara dentro de sus ojos, ni en su cerebro; aquello se podía ver siempre que no lo miraras directamente. Pero no parecía ser algo físico o, al menos, nada físico que hubiera visto hasta entonces.

Ni él, ni nadie.

Era como *un algo* translúcido y borroso. Y así lo habría descrito de ser obligado a ello.

Y juraría que tenía patas.

Como una de esas arañas con patitas larguísimas, espantosas, que se encuentran en las viejas granjas, como aquella en la que se había criado en la Lombardía, los viejos dominios de la familia Loquasto. Las arañas que todavía le visitaban en sus pesadillas.

Pero no estaba dormido en aquel momento, ni estaba viviendo una alucinación; aquello tenía patas y caminaba hacia él, pero se mantenía, por ahora, arriba, entre el techo y la pared del pasillo. Como si su mundo fuera aquel, invertido, boca abajo, separado del mundo del suelo.

Tenía que acudir a la llamada.

Pero aquel era el único camino posible para llegar a su destino.

Entonces cerró los ojos y, como un niño aterrorizado, empezó a caminar a paso rápido, pegado a las ventanas opuestas a su visión, espantado con la sola posibilidad de que aquello, fuera lo que fuese, se acercara a él de alguna manera.

Y así, apresurado debajo de su sotana, como si él mismo fuera un fantasma con prisa, llegó al final del pasillo, entrando en la puerta que conducía a los apartamentos.

No pudo evitar la tentación de mirar hacia atrás durante unos instantes. “Como la mujer de Lot”, pensó.

Con el rabillo del ojo pudo apreciar que aquella cosa seguía allí, en el pasillo.

Aquella cosa repugnante, imposible.

¿Qué hacía allí? ¿Qué era?

Y entonces un grito resonó a su espalda.

– ¡Loquasto! ¡Condenada sea tu alma! ¡Llama antes de entrar!

La voz áspera le hizo girarse.

– Mil perdones, Santidad – repuso, mirando hacia el suelo.

De mi diario.

Tuve la mala potra de que me tocara un número muy raro en la lotería genética. Lo mío aparece, según dicen, una vez cada cuatro o cinco generaciones. Algunos pasan desapercibidos y mueren jóvenes, casi todos locos y, frecuentemente, por suicidio. No sé qué es mejor. Cuando todo se pone feo y oscuro, deseo haber muerto en un rapto de demencia lúcida hace mucho tiempo. Pero no he tenido esa suerte. Todavía.

- ¿Qué escribes?
- No te esperaba tan pronto.
 - Salí antes del trabajo.
 - Mejor entonces. Te he preparado potaje. Está en ese táper.
 - Si algo echo de menos, son tus potajes.
 - Algo tenía que hacer bien.
 - ¿Qué es?
 - ¿El qué?
 - Lo que escribes en el portátil.
 - Mis cosas.
 - Vaya, las viejas costumbres no se olvidan.
 - Las buenas, no.
 - Hacías lo mismo cuando estábamos casados. Escribías y escribías, y nunca me dejaste leer nada. Y mira que intenté buscar esos cuadernitos tuyos. Nunca averigüé dónde los metías.
 - Se me da bien esconder cosas.
 - Eso es cierto. En todos los sentidos.
 - ¿Cómo está Silvia?
 - Muy bien. Está estudiando física en la Universidad Complutense.
 - ¿Así que al final se decidió? Buena elección.

— Por ahora parece muy contenta y lo ha sacado todo bien. Al menos los primeros exámenes. A ver cómo va la cosa.

— Me alegro. ¿Y tú?

— Como siempre.

— ¿Sales con alguien?

— Con el mismo.

— ¿Darío? ¿David? ¿Daniel?

— Sabes perfectamente cómo se llama.

— Siempre se me olvida. Solo sé que empieza con de.

— Bueno, llevo prisa, mejor me llevo el táper. Espero que el potaje no esté envenenado. ¿Qué querías?

— ¿Yo?

— Me dijiste que viniera, que querías hablar conmigo.

— Bueno, solo era por saber cómo te iba. Si nuestra hija está bien, eso es todo.

— Está perfectamente, ya te lo he dicho. Y yo también. De dinero vamos bien, gracias a David, que tiene un buen trabajo.

— ¿Un escritor que puede vivir de lo que escribe? Me sorprende no haber encontrado libros suyos en las librerías.

— Da clases. Todo eso ya lo sabes.

— Bueno, me alegra saber que no pasas por problemas económicos.

— Si por ti fuera, seguiría teniendo que buscarme la vida hasta para comer.

— Todavía te escuece.

— Recurrir al voto de pobreza porque te has hecho cura para denegar la asignación para tu hija es muy rastrero. Y aprovechándote de que el juez que nos tocó era de misa diaria. Eres un poquito hijo de puta, Bernabé, no te ofendas.

— Bueno, en el amor y en la guerra, todo vale.

— El amor. Ja.

— Qué rencor. No creo que sea justo. Encontré mi lugar en el mundo, y eso es importante.

— Qué poca vergüenza tienes. No entiendo, de verdad, que no te hayan excomulgado todavía. ¿Cómo se dice el latinajo?

— *A divinis.*

— Eso mismo. A mí no me engañas, Bernabé. Tú tienes tanta fe como esa taza de café que tienes delante.

- Las personas cambian.
- No. Si acaso, empeoran.
- Me gusta esa frase. Seguramente te la copiaré.
- Lo que me alucina es que alguien de la curia haya visto algo en ti. De verdad, no sé a qué te dedicas en la Iglesia, espero que no des misa. Solo faltaría. Sería el descojone.
- No. Yo no hago eso. Investigo. Hago estudios.
- ¿Investigas? ¿Estudias? ¿Tú? ¿El qué?
- Cosas de religión y fe.
- Perdona que me dé la risa, eso no hay quién se lo crea.
- No me creías entonces, supongo que no tienes por qué hacerlo ahora.
- Exacto. Mira, nunca supe los motivos de tus viajes, de tus ausencias, de sus anotaciones secretas. En realidad, lo que más recuerdo de ti es que no estabas, y nunca supe en realidad por qué. Y eso fue lo que terminó con todo.
- Pero había dinero y vivíamos bien.
- Si crees que una relación se resume así, pues tú mismo. Y encima tendrás voto de celibato. Es que me parto contigo. En fin, algún talento especial tendrás que yo no supe ver o no entendí. Ni entonces, ni ahora.
- Puede ser.
- ¿Algo más? He quedado con David a tomar un té por el centro y llego tarde.
- Ahora vivo por ahí, precisamente. Por el centro, digo.
- Pues espero que no nos crucemos. Mira, si esto es parte de alguna argucia para quitarme la custodia, vas aviado.
- No. Solo quería saber si estabais bien y que no necesitabais nada. No busques nada retorcido.
- Pues estupendo.
- ¿Quieres tomar algo?
- Te he dicho que llevo prisa. Adiós. Gracias por el potaje.
- Adiós, Mercedes, quédate el táper. Ten un buen día. Y dale recuerdos a... ¿Daniel?
- Que te den. No pienso dárselos. Cuanto menos estés en nuestras vidas, mejor. Adiós.

- ¿Cuánto le debo?
- Son tres cincuenta. ¿Esa mujer es amiga suya? Parecía furiosa cuando salió.
- Es mi exmujer.
- La he visto por el barrio con un escritor conocido, ¿sabe quién es?
- Sí.
- Es famoso.
- Si por mí fuera, iría a por él y le cortaría en trozos o le empalaría y le dejaría tostarse en el interior de cierto templo del que salen unas aguas ácidas que te consumen lentamente la carne hasta dejar tus huesos mondos. Y me gustaría quedarme allí hasta que dejara de gritar. Lo disfrutaría, la verdad. Pero sé que no debo ni puedo hacerlo, así que estos encuentros me muestran lo miserable y celoso que soy, me dan una bofetada de realidad. Y la realidad es lo que más necesito, si le digo la verdad. Ser real, miserable y celoso. Por eso he llamado a esa mujer y la he puesto furiosa. No es que quiera que sufra, es que necesito desesperadamente tener algo de normalidad en mi vida. ¿Puede usted entenderlo, señorita? En realidad, quería contarle que, de hecho, he dimitido del sacerdocio, he apostatado, pero en el fondo a ella le da igual.
- ¿Decía algo? Ha estado murmurando un buen rato. Solo he entendido “señorita”. Hacía siglos que nadie me llamaba así.
- Nada, hablaba para mí mismo. Cosas de la edad.
- Se conserva usted joven, la verdad.
- Eso se lo dirá usted a todos.
- No, va en serio. No le pondría más de... ¿cuarenta?
- Toma diez euros. Quédate con el cambio.
- Gracias, buen día.
- Lo mismo.

PRIMERA PARTE

DEBAJO DE LA NUBE

Amanecía en el exterior, pero el cielo encapotado parecía el vientre de una criatura gigantesca que no quisiera que el sol llegara a la plaza.

Todo era gris y siniestro en la gran extensión de adoquines que acotaba la columnata de San Pedro. Sobre el obelisco central una paloma gris se mantenía posada, en precario equilibrio, mirando el mundo desde arriba.

El lugar estaba desierto y los servicios municipales, con sus camiones bomba ensordecedores, habían dejado la plaza húmeda como si hubiera diluviado sobre ella, huyendo luego a la manera de las ratas, aterrorizadas por la llegada de algo grande y feo. Y las ratas precisamente, tan amantes de pasearse por el lugar desde hacía siglos, ya no aparecían por ninguna parte. Ellas entienden de esas cosas. Son feas y sucias, pero poseen la sabiduría animal de millares de generaciones. En los días de la Covid-19 habían campado a sus anchas por la enorme plaza vacía. Ahora se mantenían ocultas, lejos de allí, muertas de miedo.

El camarlengo estaba asomado a una de las ventanas que daban a la plaza. Permanecía junto al balcón que solía usar Su Santidad para dirigirse a las multitudes. Se mantenía meditabundo, con la mirada perdida; su alma albergaba dudas tan sombrías como

aquel cielo atroz, que parecía desear mantener la plaza sumida en una penumbra perpetua.

Y así era.

El fenómeno había intentado ser explicado de diversas formas: una incierta nubosidad de estancamiento, posibles corrientes de ciclo cerrado, un efecto local del cambio climático..., pero nada podía dar una razón satisfactoria para que toda la Ciudad del Vaticano y sus alrededores permanecieran desde hacía ya casi nueve meses bajo una nubosidad permanente y tozuda.

Algunos decían que aquello era una señal, un presagio de los tiempos que vendrían.

Pero la oscuridad en ciernes empezaba a afectar a los habitantes y trabajadores de la pequeña ciudad, pues habían empezado a acumularse sobre la mesa del camarlengo las solicitudes de baja por depresión. Aunque las denegaba sistemáticamente, se molestaba siempre en leerlas completas y elaboraba extensos informes y respuestas razonadas. Se decía a sí mismo que quería comprender lo que aquejaba a los que vivían allí. Pero era mentira. En el fondo todo le daba igual y le hacía sentir el mismo e indefinible hastío abisal que los solicitantes relataban en sus cartas. Todos sentían el mismo velo oscuro creciendo en su interior, como si de alguna manera aquellas nubes hubieran llegado a ocupar también las mentes de los habitantes de la ciudad-estado.

Pero pensar en algo así era una locura. Sin embargo, no dejaban de ocurrir cosas aciagas últimamente allí dentro.

Por eso los pasos apresurados llegándose a la sala en la que se encontraba, su lugar favorito para meditar a aquellas horas, no le parecieron extraños. Y sintió un presentimiento sombrío.

El joven sacerdote abrió la puerta tras una llamada que no esperó respuesta y le miró con ojos desorbitados.

—Hay otro. En la planta de abajo. Por uno de los pasillos laterales, donde las habitaciones.

El camarlengo bajó la mirada. Tenía las manos a la espalda y de ellas colgaba un rosario. Repetía las oraciones de forma maquinal y así ocupaba una parte de su mente en la agradable tarea de no pensar. En aquel aspecto, la oración era para él algo muy similar a la meditación o los mantras, tan propios de otras religiones.

Le servía para encontrar un poco de paz en un mar de ideas desbocadas que no dejaban de perseguirle. Pero estas llamaban ahora furiosamente a su mente, como había hecho el curita un instante atrás.

Otro, pensó.

Otro más.

– ¿De quién se trata? – preguntó en un susurro.

– Del Cardenal Silvano.

– ¿Silvano?

El joven de ojos desorbitados se limitó a asentir.

– Por el amor de Dios. Pero si es un hombre encantador, no paraba de contar chistes. ¿Cómo lo han encontrado?

– Como los demás.

– Avisen al médico y actúen según el protocolo – dijo, oyendo el tono grave y poderoso de su propia voz, que tan bien ocultaba sus miedos –. Cuando haya terminado, que venga a verme.

Notó entonces que las piernas le flojeaban. Se apoyó en el respaldo de una pesada silla de estilo rococó.

Silvano. Acababa de hablar con él el día anterior, antes de que el sol se pusiera, al otro lado de aquella nube preñada de espantos sin nombre y saturada de presagios sucios.

El “protocolo” había sido necesario para poder gestionar todo aquello que ya les desbordaba. No era más que una serie de normas que había improvisado unas semanas antes. El camarlengo era un burócrata y los protocolos le hacían sentirse más seguro. Llamar al médico. Hacer la autopsia. Determinar la hora. Redactar el informe forense. Archivarlo. Congelar el cuerpo, lo que era, después de todo, otra forma de archivo. Y eso era todo.

– ¿No quiere acercarse a examinar el cuerpo?

– Francamente, no. Prefiero estar solo. Lo dicho: cuando Livio termine, que venga por aquí.

– Sí, señor.

– Una cosa más, joven.

– ¿Sí?

– La próxima vez llame y espere mi respuesta antes de abrir.

– Sí, disculpe, pensaba que...

—No piense. Obedezca.

—Sí, eminencia.

El joven cerró la puerta y el cardenal oyó sus pasos alejándose, igual de apresurados que antes, hasta que quedaron reducidos a un eco remoto.

Los avemarías y los padrenuestros ocuparon de nuevo su conciencia, aliviándola, como una crema anti quemaduras.

LA LLAMADA DE DIOS ENTRE LAS SOMBRAS

Pasaron unos minutos durante los que se deslizó por un reconfortante arroyo de oraciones mientras las cuentas del rosario pasaban por sus dedos una tras otra. Bien podría olvidarse de todo, dejarse llevar por aquella salmodia que sonaba en el interior de su mente, vaciarse completamente.

El sonido del teléfono interior se clavó en él como una estaca.

Lanzó una maldición. Livio no había tenido todavía tiempo de ponerse a trabajar en la autopsia. Así que la llamada solo podía venir de una persona.

Tragó saliva, notando cómo una angustia acre invadía su garganta.

Descolgó, temiendo el sonido de la voz que esperaba oír al otro lado.

— Camarlengo, llega tarde. ¿Se puede saber qué le pasa? — sonó aquel chirrido áspero.

— Mil perdones, santidad. Ha ocurrido otro incidente. Estaba esperando al médico para que me haga un informe preliminar.

— Lo sé, y eso no es excusa. Luego hablará con él.

— Deme cinco minutos.

— Dos, cardenal mierdoso inútil de los cojones.

Al otro lado colgaron.

El espigado camarlengo lanzó un hondo suspiro y cuando se dio cuenta había cerrado el puño de tal manera sobre el rosario que las cuentas se le estaban clavando en la piel.

Desde que aquella nube sombría de la que todos los medios y las redes hablaban se había cernido sobre el Vaticano había sentido más que nunca una sensación espantosa que creía dormida. Conocía al Santo Padre desde hacía casi treinta años. Fue un cura indiferente, después un obispo mediocre, luego un cardenal romano de los más grises, alguien por quien nadie habría apostado nunca, pero desde hacía tres años era el heredero de San Pedro en la Tierra. Y desde el primer día en el que Enrico Amaligo se había vestido con el cetro y la mitra papales una sensación de error manifiesto se había apoderado del camarlengo. Un sentimiento inefable que lo acompañaba en cada encuentro con el papa.

Aquella sensación se había tornado en una repugnancia en aumento que con el tiempo parecía haber remitido levemente, pero que, tras la llegada de aquellas sombras en forma de nubes, había regresado más lacerante que nunca. Detestaba permanecer junto a aquel hombre bajo y mezquino al que el azar y la política habían colocado en un puesto para el que era claramente indigno, por lo que desde hacía varias semanas intentaba evitar en lo posible encontrarse en su presencia. Pero era el camarlengo, el hombre de confianza del Santo Padre, y su trabajo era, precisamente, estar a su lado en todo momento y asistirle en lo que fuera necesario.

También le parecía especialmente odioso el camino que debía recorrer para acercarse a los aposentos papales. Deliberadamente y desde el principio había elegido vivir en un área lejana a aquellos para forzarse a caminar y hacer algún ejercicio a diario y, tal vez inconscientemente, para mantenerse lejos de Su Santidad. Pero aquella que sentía en aquel momento era una nueva sensación, venida también con la bruma oscura, que le hacía intuir que todas aquellas habitaciones, los aposentos papales, eran malas, perversas, que estaban sucias de alguna manera. Llevaba sintiéndola unos meses desde que había empezado a ver aquellas cosas casi invisibles reptando por las paredes.

En aquel momento no pudo precisar el momento exacto en el que se había iniciado aquel fenómeno. ¿Al aparecer aquellas nubes estancadas? Tal vez.

Le costaba recordar. Cada vez le costaba más.

EL CAMINO DE LA PESADILLA

Últimamente había vuelto a sentir un terror que solo había experimentado en su infancia, cuando el mundo era más sencillo y los monstruos, hasta los más terribles, podían conjurarse con solo meterte bien tapado bajo las sábanas y mantas de tu cama y quedarte muy quieto.

El que sentía era un miedo primitivo, antiguo, inexplicable. Y solía invadirle cada vez que tenía que acercarse a aquel ala del edificio. Aquel lugar había despertado de alguna manera un niño dormido en su interior, un niño sabio, como todos los niños, que intuía cosas sin necesidad de convertirlas en palabras.

Un niño o un animal. O un instinto.

Había arrinconado con todo su esfuerzo aquel sentimiento opresor a lo largo de los últimos meses de aquella larga penumbra, pero esta vez había vuelto, paralizante, justo cuando estaba a punto de recorrer el pasillo que llevaba, a través de unas angostas escaleras, a la tercera planta, donde el Santo Padre tenía su residencia.

Le había dado dos minutos.

Sabía lo que significaba aquel pavor sin nombre: que algo había en los techos, algo como lo que había visto aquella primera vez y luego, con cada vez mayor frecuencia, reptando sobre su cabeza.

Nunca por el suelo. Siempre por encima de las cabezas de la gente.

Ya había pasado un minuto y medio. Debía apresurarse. No estaba para gritos en aquellos momentos.

Y lo observó entonces, como siempre, con el rabillo del ojo.

Con el paso de las semanas había logrado oír, o más bien intuir, el sonido característico que emitía aquello, fuera lo que fuera. Era algo sutil, parecido a un siseo ligero, un casi inaudible silbido, prácticamente un ultrasonido, lo que parecía provenir de aquellas cosas, que, por ahora, se mantenían como confinadas en el techo o en las zonas superiores de las altas paredes de los grandes pasillos y salones.

A base de verlos había aprendido a no gritar en público, a guardar su inconfesable secreto, a mantenerse en silencio, no fuera que le tomaran por loco. De vez en cuando oía conversaciones furtivas en las esquinas y comprendió que otros de los que allí habitaban tal vez estuvieran viendo también cosas extrañas, pero no había compartido su experiencia con nadie.

Llegaba tarde. Habían pasado los dos minutos. Pero estaba caminando lenta y sigilosamente.

Allí estaba la cosa, y con solo girarse noventa grados pudo ver a otra, y a una tercera, ya al fondo del pasillo.

Nunca había visto tantas a la vez. Se apresuró a recuperar el camino, como había aprendido a hacer, y aceleró el paso finalmente.

Como los niños, que caminan muy rápido y en silencio por los pasillos de sus casas, sabiendo que les siguen monstruos atroces, así se sintió el camarlengo. El horror lo sentía ya detrás de él, al rebasar lo que veía en los techos. Aquellas cosas no eran indiferentes, no eran ajenas a lo que ocurría en el suelo, sino que parecían muy conscientes de lo que ocurría en el suelo. Aquella fauna espantosa y siseante cada vez se multiplicaba más. E intuía que ello ocurría por alguna razón que no se aventuraba ni siquiera a considerar.

Miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? Se sintió perdido por unos instantes.

Sin darse cuenta había entrado a las angostas escaleras, había subido dos pisos, caminado por un estrecho pasillo, y se había

quedado pegado a la pared del pasillo, con las manos apoyadas a ambos lados de su cuerpo, pegadas a la pared.

Pasó a su lado una de las ancianas monjas del servicio papal y le miró, extrañada.

— ¿Se encuentra bien, cardenal?

La mujer se le acercó. Loquasto la miró, fijando sus ojos en el rostro de ella. Vio en la periferia de su mirada cómo aquellas cosas empezaban a correr por el techo del pasillo hasta desaparecer tras un recodo lejano.

No recordaba cómo había llegado allí, pero aquellas cosas, fueran lo que fuesen, le habían seguido, y ahora parecían querer ocultarse de su vista.

Si era así, entonces eran conscientes de que él las veía.

Y del horror que él sentía al verlas.

Loquasto observó a la anciana, reprimiendo el pavoroso escalofrío que le dominaba, y notó que algo parecido a una gasa sutil cubría a la mujer que tenía delante.

La percibía como si estuviera desenfocada. Parpadeó rápidamente, pensando que su vista le engañaba, pero no.

— No se preocupe, hermana. Estoy perfectamente. Solo me detuve un instante a meditar — dijo, con una mirada desencajada que le traicionaba.

— ¿Necesita algo?

— No, siga a sus cosas.

— Estamos en la planta de abajo, no dude en llamar si quiere un café, un té o una aspirina.

— Gracias, hermana.

La monja borrosa se alejó de él.

Estaba paralizado, con el corazón galopando frenético en su pecho.

Y un rugido agónico, roto, surgió de dos puertas hacia su derecha.

— ¡Loquasto, maldito seas!

El camarlengo se separó de la pared y se apresuró a entrar, tras una llamada prudente, en los apartamentos papales.